

## Prólogo

### El viento de afuera

En una carta de 1950, Bataille manifestaba la intención de reeditar sus primeros libros bajo el título general de *Suma ateológica*, donde se incluiría *El culpable*, comenzado antes que *La experiencia interior*, en forma de diario; el tercer volumen sería *Sobre Nietzsche*. Sin embargo, esos planes de reedición también consignaban otros títulos o segmentos de libros. Allí se anuncia también que *El culpable* podría volver a tener su título original, *La amistad*, con el agregado de partes suprimidas en la primera edición. Podríamos explicarnos el cambio de título mediante una lectura de las notas de la presente edición, que en gran parte reponen los fragmentos suprimidos de un diario íntimo, al que se le quitaron también las fechas. En muchos casos, dichas supresiones se refieren a detalles de la muerte de Laure, nombre a su vez ficticio que se le da a la compañera del autor y que cumple un papel determinante en las tentativas teóricas de *La experiencia interior*. La culpa está en sobrevivir, tal vez, y en seguir adelante con la meditación, con la embriaguez de instantes privilegiados, en medio de la catástrofe. *El culpable* es así un diario de guerra, el diario de un duelo y por momentos el registro nuevamente del deseo, ya que también se suprimen al publicarlo ciertos detalles de una pasión por otra mujer, hallada en el éxodo de la Francia ocupada (la infidencia de las notas aquí traducidas por primera vez nos dirá su nombre).

No obstante, también habría otro duelo, en relación con el título original de *La amistad*, que quizás se desplegara más intensamente en un título previsto para integrar la *Suma*, que Bataille no vería editada completa, y que rezaba: *Historia de una sociedad secreta*, puesto que la escritura del diario coincide no sólo con la muerte de la amiga, que luego se revelaría, póstumamente, como un espíritu coincidente en torno a las indagaciones sobre “lo sagrado”, sino también con el fin de la comunidad alrededor de la revista *Acéphale*, donde se había imaginado –o al menos Bataille imaginó– que se podía recobrar la experiencia de lo sagrado, su violencia, su materialidad y su carácter fundacional, a partir de un acto, que incluso llegó a planearse.

Duelo del amor, duelo de la comunidad de amigos, *El culpable* es el libro de una soledad sin refugios. El autor consigna que lo escribió por un impulso, una necesidad inexorable, ya que nunca antes había llevado un diario. Encontró así la forma de plantear un pensamiento que desautorizaba la exposición filosófica y que hacía posible captar ciertos instantes como excepcionales. Todavía no quiere ser un método ni logra darles a esos instantes la denominación de experiencia. Se trata más bien de un cuerpo que escribe y se asoma al borde de su propio límite. En última instancia, la culpa es un anuncio de la muerte. Una mujer ha muerto, la guerra mata a millones –aunque los reduzca al rango de noticia– pero el desesperado sigue escribiendo, quizá para nadie. Pues si *La experiencia interior* procura hablarles a otros, a la comunidad secreta de los que salieron de sí para encontrar el vacío absoluto, *El culpable* tan sólo consigna la existencia de esa nada exterior. La guerra, la burocracia, el encuentro fortuito son emblemas de la nada. Bataille lo repite: es un libro escrito por el viento que sopla afuera, cuya intensidad crece cada día, con cada anotación hecha jirones. Y el viento silba, dice: ¿para qué vivir?

La respuesta estaría en el verbo “comunicar”. Se vive para salir de uno mismo, perderse, y luego volver, seguir escribiendo el diario de esas salidas. No se trataría de “comunicarse”, como si hubiese un yo estable que se expresa a sí mismo en forma de mensaje, y más allá hubiera otros, receptores del mensaje que comparten el mismo medio, asidos al mismo instrumento. Más bien lo que “comunica” no es precedido por nada; “comunicar” sería entrar en el medio común, dejar la autoridad del yo y participar en la suspensión del tiempo. Entonces “escribir” no sería dejar algo por escrito, transmitir ideas, organizar un pensamiento, contar cosas, sino una interrupción del tiempo del yo, que se parte, se dispersa, arroja el cuerpo contra las palabras que así se revelan en su esencial desestructuración. *El culpable* por lo tanto puede prescindir o no de las fechas, puede referir momentos o especulaciones, puede expresar una soledad amenazante o el vértigo de un enamoramiento, pero nada de eso importa más que el gasto de los instantes, la dilapidación del tiempo. Bataille ha escrito ensayos, ha intentado novelas eróticas y poemas exaltados, pero el que se confía al diario y a la falta de planes intelectuales no tiene la autoridad del sabio ni la experiencia intensa del personaje excepcional. La suerte se lleva lo que parecía estar presente, la mala suerte trae el vacío de cuadernos que son la última comunicación, el ser común de poder morir. Laure murió, los amigos se alejaron, no

hay sociedad secreta, la sociedad es pública y maquinica. Pero la esperanza de comunicar, incluso en la culpa de estar separado, vivo pero en el interior de una cápsula, un cuerpo y un nombre, la instancia del yo, no hace más que insistir en las entradas del diario, que son salidas del día, cada día. Y escribir pertenece a la noche, donde todo comunica: de pronto el que escribe no se percibe separado de las cosas y de los otros; en la oscuridad todos somos iguales. Los amigos del día, grupo de intelectuales alrededor de una revista o de un grupo de estudios sociológicos, implicaban la separación del diálogo, que siempre se interrumpe, cuya esencia es la interrupción. En la escritura del diario que niega su pertenencia al día, su carácter de mero registro, la amistad es una puerta sentimental que comunica la noche con el futuro. Así, Bataille imagina la comunidad por venir, cuando él ya no pueda estar separado de lo escrito, cuando haya muerto.

En cada pieza, en cada biblioteca, en cada bar en distintos rincones del mundo, hay alguien leyendo esos llamados de un muerto que incitan a intensificar la vida, y todos comunican, se perdieron en la lectura, encontraron lo común, sospecharon que morirían, salieron a gritarle al viento de afuera. Tal sería el estado de amistad profunda que no tiene que ver con la presencia o la ausencia de los amigos propios, de los conocidos. “Es la prueba más dura, la más liberadora”, escribe Bataille. Se abandonan los vínculos estrechos, la cercanía se abre como un desierto, la inmensidad hace que uno pierda el aliento. “Lejos, más allá de las fallas de los amigos o de lectores cercanos, yo busco ahora a los amigos, a los lectores que puede encontrar un muerto, y por anticipado los veo, fieles, innumerables, mudos: ¡estrellas del cielo!”, exclama el culpable, contemplando las luces en la bóveda negra que titila con lectores que todavía no nacieron. Y se dirige después, como antes, como siempre, como nunca dejará de hacerlo, a ellos, a nosotros, a mí: “mis risas, mi locura los revelan a ustedes y mi muerte los reunirá”. En el espejo trizado de la ausencia del autor, en su golpe inscripto sobre la página del diario, cada uno experimenta su propia autorrevelación, que de inmediato se vuelve reunión, de inmediato comunica. Me digo: yo, como Bataille, voy a morir, y los que lo leen, los que lo leerán, los que nunca lo van a leer, son lo mismo que yo, soy ellos.

Arrecia de nuevo el viento de afuera, porque no es la frase que anuncia la muerte la que renueva su violencia, sino una idea, la imagen del muerto. Dice Bataille, en una versión que la edición definitiva modifica, descomponiendo esta frase imposible: “La idea ‘estaré muerto’ es

irrespirable. Mi ausencia es ya el viento de afuera”. Pero ¿cómo puede escribir ese viento de una ausencia? ¿De qué manera una ausencia escribiría un libro? Es un muerto el que declara su ausencia. Lo es ahora, que lo leemos. Sin embargo, escuchar ese viento, prestarle oídos a su violencia, querer escribir su intensidad, es un combate contra la muerte. Escribir es no querer morir. Escribir es un acto destinado al fracaso, excepto porque habrá otros, porque se cree en los desconocidos que llegan. Si uno fuese el último hombre, como Blanchot le sugiere a Bataille, en una conversación que retorna en la *Suma*, ya no habría un desierto que atravesar, ya no habría nada. En su otro libro, Bataille diría que se baña en la imagen de los otros, los que nacerán después de su muerte, como en la última ausencia afirmativa, porque no está presente, ni los otros del futuro están presentes, pero siguen llamando a la escritura. Escribir es la afirmación de su advenimiento. Aun si se asume la sencillez de un muerto, si se piensa cada día en la certeza de la muerte, “la tinta –escribe Bataille– convierte la ausencia en voluntad”. No se puede hablar como el último hombre, no habría un libro para el último, porque debería estar mudo, el vacío alrededor le cortaría toda palabra en el mismo instante en que formulara la última frase: “yo, nada”. Escribir en cambio implica la imposición póstuma de una voluntad, de modo que también podría leerse el diario de la culpa, del duelo y la amistad, como un testamento. El primer libro de Bataille habrá sido un testamento, infinitamente corregido y ampliado, convertido en ensayos, narraciones y confesiones en las dos décadas posteriores hasta llenar cientos y cientos de páginas. Hasta que el viento arrancó de raíz el cuerpo leñoso de esa voluntad que seguía escribiendo, que no quería morir. Aun cuando la forma de esa insistencia, la negación de la tristeza de la muerte, fuera la práctica imposible de la alegría ante la muerte.

El hombre, que siempre en algún sentido es el primero y el último (cada uno puede decir: “yo no me repetiré, no estaba antes, no estaré después”), expresa la necesidad de tocar, en su ser, lo contrario del ser. ¿Cómo expresar lo imposible, puesto que sólo lo que es podría expresar, comunicar? Sin embargo, la muerte es la gran alegoresis de la comunicación, la última y definitiva salida del yo, el destino común. En la ansiedad del cuaderno, ante la evidencia de la catástrofe, el destinado a morir aún puede escribir: “Aquí, YO y mi muerte, tendido –hasta la risa– hacia un viento de afuera, sin la sombra de MÍ”. O podría traducirse, ya que en francés se repite el pronombre “*moi*”: “sin la sombra de YO”. El obvio barbarismo no obstante indica claramente que la

escritura tensada hacia su afuera, el que escribe tendido hacia su muerte, ha dejado atrás esa sombra que era un yo. Y con la sombra ha perdido todos los vestigios fantasmagóricos de una identidad: el alma, el pensamiento, el archivo de una memoria. Sólo queda su apariencia, el dato de que apareció una vez, el instante en que está. Es apenas lo que parece, y de ahí la risa. La identidad que se tambalea da risa; la máscara del yo hace muecas y espera rígidamente el punto final para sus ejercicios. ¿Acaso hay algo detrás de las apariencias? Bataille, como todo muerto, responde oracularmente: “el ser es la ausencia que las apariencias disimulan”. Lo que se sabe desde tiempos inmemoriales, es decir: vemos un velo, las representaciones, pero no el ser. Sin embargo, la mística sin ser demostrará el vacío del velo mismo, sin nada que se esté velando: la apariencia no es, pero también es apariencia de la apariencia, pliegue de una sola superficie de vida y muerte. Por eso Bataille agregará: “fuera de la apariencia no hay nada”. Lo que aparece afuera es la noche de la escritura, que a la vez anuncia la muerte y no quiere morir, que de pronto estalla en la risa bajo el silencio del cielo estrellado.

En el diario, a veces se describe la escena de la anotación, en un café, en un balcón, en una pieza cerrada. Es el recinto del lenguaje, que a pesar de lo que parece no comunica, porque comunicar es ruptura del discurso aislado, interrupción del yo que habla, incluso cuando se olvida de sí mismo pero sigue murmurando frases dentro de la cabeza. De modo que el lenguaje, como el cuarto del solitario, es más bien la negación de la comunicación, lo que se rompe en el éxtasis, el goce sexual, la embriaguez. Si bien sólo en las palabras se graban las huellas de tales quiebres. El que anota algo sentado en una cama desordenada, insomne o vacilante, con dolor de muelas o borracho, busca salir del aislamiento que lo define, romper ese discurso que prosigue en él. Y de repente, entre las frases que se cortan, de una a otra, como una cesura de muerte que dividiera en dos partes asimétricas el verso de un poema, se olvidó del lenguaje, lo partió y pudo ver la muerte como risa, el amor como erupción de un volcán arcaico, la reflexión como espasmo de llanto sin causa. El cuarto se abre al cielo, comunica con la noche del no-saber, no sabe nada, es el saber de nada. Comunica la noche, el reguero de tinta en el cuaderno, de apariencia insignificante, se ha vuelto soberano.

Entonces, se eclipsa la culpa, se oscurece hasta volverse tinta, pero su soberanía no es personal, la imagen del yo se aleja. Había escrito Bataille: “Soy culpable de ser yo, de no morir”. La cura de esa culpa es la experiencia impersonal, a la que da acceso una mínima frase:

“Me repito: un día estaré muerto”. Apenas se abre la comunicación, que interrumpe el discurso personal, que hace del lenguaje un burbujeo en la superficie del torrente de lo que es, se siente el viento. De pronto el viento de afuera habla en lugar del yo, se lleva sus palabras, trae otras, un ritmo. La amistad comunica no con otra persona, sino con lo impersonal en otro. El culpable se reúne con la muerte, con lo impersonal, que está en otro lugar. La muerte, para el que tiene aún la culpa de sobrevivir, es una muerta; la muerte tomó el nombre de Laure. Y precisamente, entre las partes descartadas, no publicadas del diario, están los días de agonía de Laure, la comunicación delirante de sus últimos actos, la herencia testamentaria de sus escritos que revelaron, ya desde la ausencia, una comunidad sin necesidad de palabras. “A menudo creímos, Laure y yo, que el tabique que nos separaba se rompía: las mismas palabras, los mismos deseos nos atravesaban el espíritu en el mismo instante y quedábamos tanto más perturbados en la medida en que su causa podía ser desgarradora.” Porque la comunicación se da en la aniquilación, incluso en su inminencia, aun en los signos que la anuncian: unos pájaros muertos, una flor cortada. Después de ella, leerla es la tarea del culpable, que se interna en un desierto, sin amigos, mientras el mundo se derrumba a su alrededor. La guerra que hace juego con la muerte y con su nombre, “soledad total”, escribe Bataille, “que Laure, muerta, vuelve más desierta”. Deambulando en esa zona vacía, el culpable se topa con una casa abandonada, el absurdo desecho de bienes perdidos. Acaba de dejar atrás el ataúd de Laure. Desde afuera de la casa, ve una vitrina cubierta de polvo. Sin pensarlo, por una curiosidad distraída, se acerca a la ventana y escudriña la vitrina. Espera ver una imagen de podredumbre y decadencia, una alegoría de su propia desgracia. Él mismo vaga, abandonado, a la espera de algo: “que el mundo de mi desolación se abriera ante mí, tal vez maravilloso pero insoportable”. ¿Qué percibe a través del vidrio? Una colección de pájaros tropicales, embalsamados. Y más allá, la foto del dueño de casa, cuyos papeles se amontonaban sobre un escritorio, como si alguien fuese a venir. La muerta, ¿acaso tiene los signos de esas cosas dejadas atrás? El color abigarrado de unas plumas que persisten, en su absurdo, parece más bien traer su paso a la presencia. “De nuevo, una especie de éxtasis monótono y ausente se apodera de mí, los dientes contraídos de la misma manera que el año pasado. Así, de golpe, se disipó la distancia entre mi vida y la muerte de Laure”. De ahí en más, la vida puede no ser culpable, sino espera de comunicación, de lo sagrado, de la experiencia mística de una ausencia.

Tal como la ausencia de Dios, principio que le da nombre a la *Suma ateológica*, que no es simple parodia o negación de la serie de preguntas de Santo Tomás, sino su desplazamiento inquietante, así también la ausencia de la amante no deja de ser un tratado sobre el amor, sobre su imposibilidad, porque el erotismo comunica con la nada, anticipa la muerte. De igual modo, la separación de los otros, la pérdida de la amistad personal, comunica al que escribe con la ausencia de sí, con la inminencia de su propia muerte. En ese acercamiento al movimiento que lo habrá de ausentar, que no puede imaginar, también lucha por no olvidar a la ausente, busca las cumbres de la experiencia, recuerda la cima del volcán que visitó con ella. Pero sin ella, sin nadie, al escribir “se descubre, no sin ironía, separado”. Para los demás, “el hecho de llegar a la cumbre es considerado como una falta de la que se ha vuelto culpable. No sería la cumbre si no fuera así: ha perdido el reposo, la quietud de los otros”. Es el final de la *prière d’insérer*, la nota editorial que acompañaba la primera edición de 1944. En la de 1961, con el agregado de un nuevo texto, *El aleluya*, parece celebrarse que no hay culpa en el éxtasis, sino invitación a perderse de nuevo, cada vez: la cumbre como esperanza que promete el recuerdo.

De este diario, que puntualiza momentos y pensamientos, para luego suprimir fechas y confesiones que implicaban a otros, saldría el libro afirmativo, fundacional, primera entrega de una *Suma ateológica* que todavía no tenía ese nombre. Bataille murió antes de poder ver publicado el tercer volumen, aunque quizás nunca se terminaran de añadir nuevos tomos a la persecución de una experiencia que debe negarlo todo para empezar a escribirse. Es como si todas las obras de Bataille, doce gruesos volúmenes recogidos póstumamente pero también sus cartas, sus revistas, su biografía, pudieran ser llamadas a las preguntas sin respuesta de la *Suma*. O sea que, como dice su traductor al portugués Fernando Scheibe, “la *Suma ateológica* no existe. Bataille nunca concluyó su proyecto”.<sup>1</sup> Aunque obviamente su último plan responde a los tres tomos que se conocen y que ahora vuelven a editarse. Pero si la escritura del diario que será *El culpable* coincidía con dos duelos, el de Laure y el de la comunidad secreta o la amistad en torno a la revista *Acéphale*, entonces lo que se inaugura con esta doble ausencia, frente a las cuales el Dios de la infancia casi da risa, es el pasaje al libro.

<sup>1</sup> En Georges Bataille, *A experiência interior. Suma ateológica I*, Belo Horizonte, Autêntica Editora, 2016.

No olvidemos que se trata de los primeros libros de Bataille. Como dice Scheibe, “la *Suma* representa la entrada de Bataille en lo escrito, el pasaje de la acción a la inoperancia, de la comunidad positiva a la negativa, de la comunión a la comunicación”. Sin embargo, en los libros se aguarda la comunidad, y así como los lectores de Nietzsche formarían una comunidad, la sociedad secreta de la muerte de dios, Bataille también imagina que sus lectores están bajo un cielo imaginario común, en el cumplimiento de la frase imposible que atraviesa todos los libros: estaré muerto.

En una nota no editada, hallada en un cuaderno con miras a prólogos inacabados, Bataille hablaba de sí mismo en esa tercera persona que instauro la literatura y que hace de todo autor un muerto: “Y sólo quedará un libro (que incluso puede perderse). La lectura de un libro –suponiendo que tenga su ‘suerte’ (su secreto)– es comparable a los gusanos a los que la fosa entrega un cuerpo”. Pero los gusanos leen lo que se ha dejado caer allí, lo consumen y lo multiplican. Como el gusano reluciente en la tumba de la amada, de pronto leer comunica al que lee con su ausencia, y cree escuchar a alguien que lo llama; el que escribe, entonces, sólo probablemente no está vivo. La comunidad improbable de los lectores de Bataille es ahora el nombre de Bataille. La *Suma* se hunde en la ausencia del libro, pero la negación de lo que no existe, lo teológico, afirma de nuevo el aleluya, la alegría de lo que es. Finalmente, podemos leer que se ha disuelto la culpa de no morir, en la certeza de la muerte, por la práctica de la alegría ante la muerte, único impulso para seguir escribiendo.

Silvio Mattoni  
Córdoba, agosto de 2016